

podido servir para el alivio de quien lo encontrara en sus innumerables creaciones. El que pulsó la cítara y acertó á arrancarle sus deliciosas melodías; el que forjó los versos y supo concertarlos en tantas combinaciones armoniosas; con trono en el Parnaso, con musas en torno suyo, con la Pitia en Delfos, con el Anficionado griego bajo su imperio, con la fuente Castalia, donde beben los poetas helenos sus inspiraciones, á los piés, no puede, no, atraerse á una pobre ninfa, humilde hija de un modestísimo río, la cual, por amor á los campos, aborrece al sol, sin comprender cómo, de faltar éste, aquéllos no fructificarían jamás, tornándose por fuerza en vastas soledades y en inacabables desiertos.

Ovidio compara la carrera de Dafne huyendo al dios con la carrera de una liebre huyendo á un perro. Pero cuanto más huye la cuitada y más desoye las palabras de Apolo, mayores gracias encuentra en ella el tenaz perseguidor. El céfiro, empeñado en hermosearla, agita sus cabellos y alza sus vestiduras, enseñando así al seducido nuevas y más halagadoras seducciones. La esperanza de Apolo y el temor de Dafne precipitan la carrera de ambos; impelida ella por la repulsión del odio, acercándose á su vez él por las atracciones del amor.

¿Pero cómo la pobre ninfa resistirá de suyo al poderoso dios? Sus fuerzas la traicionan y su flaqueza de mujer va sobreponiéndose por grados y poco á poco al imperio de su deseo. El aliento abrasado de aquel dios la envuelve ya; sus ojos la quemán. No puede más. Presa de tan grande angustia, llama en su auxilio á su padre Peneo, que corre por un lecho de marmóreas guijas y á las alturas eleva bandadas de blancas nubes. Dafne le dice que, si es un dios, y participa de las facultades á los dioses reservadas por Júpiter, la socorra y auxilie, pues si no le queda ya otro remedio y otro recurso, rogará de hinojos á la tierra que la reciba en su seno muerta, ó cambie por lo menos en fealdades aquellas gracias, causas inocentes, pero eficaces, de su irremediable infortunio. Apenas ha dirigido á su dios padre tal oración, cuando la piel comienza poco á poco á endurecerse, como si fuese madera, y á tomar la índole y la forma de corteza; multiplicansele á una los brazos y se truecan en ramas; sus cabellos pasan á verde follaje y á rojas flores; su cuerpo todo es aquel arbusto nacido á la sombra de los peñascos y á la orilla de los torrentes que llamamos adelfa y que contiene la gloria y el veneno á un mismo tiempo. Sus piés, tan ligeros antes, se han inmovilizado en raíces, y la cabeza, tan esférica, se ha convertido en una copa de árbol.

Pero Apolo todavía la quiere. En vano la ingrata rehuye sus caricias y busca la fría sombra y el líquido río, prefiriéndolos al éter luminoso y al calor vivificante. Apolo, aunque desdeñado y herido, ama con amor sublime á la ingrata, y cree sentir las palpitations de su corazón en las ramas y el fuego de su sangre allá en las hojas y en las venas de las hojas. Y abraza el arbusto, aunque todavía forcejea bajo sus brazos, y al arbusto besa con pasión, aunque todavía rehuye sus besos. Mas ya que no ha podido ser su esposa será su árbol. Y desde tal día las ramas del laurel coronan las liras de los poetas, las cítaras de los sacerdotes, los cascos de los guerreros. Y por una hoja suya, por una de sus venenosas flores, pelearán los héroes y morirán los mártires en el concierto infinito de las humanas grandezas.

Estos poemas antiguos tienen una significación trascendental y cantan las transformaciones. Todos los organismos derivan de la tierra, cual se deriva el sonido instrumental del instrumento que se toca y tañe. Y así como nace un sonido bajo primero, y del sonido bajo los altos y superiores que concuerdan y conciertan con él, como de él se derivan, produciendo las armonías, derivan del planeta, y de su materia, y de la sustancia suya todos los organismos planetarios. Pero el planeta se deriva del

sol á quien sigue y obedece, como á su vez el sol se deriva del éter, de quien se desprende como una luminosísima gota. No hay, pues, cosa que á la poesía se preste como esta primera materia irradiada, difusa; y esos cometas parecidos á plumas desprendidas de las alas de un ángel invisible; y esa lluvia de soles formando innumerables nebulosas; y las tempestades ciclópeas, producidas por las incandescencias primeras; y los planetas surgiendo en el espacio y armonizándose con los soles y con el éter en afinidades y en atracciones para despedir, condensándolo después en mil organismos, el misterioso rocío de la vida. Esas escalas, que suben gradualmente desde las raíces del sér inorgánico hasta las paredes del organizador cerebro, componen el poema de los metamorfoseos, la concertada sinfonía de sus notas y de sus escalas. Todo es luz. El sér más oscuro y frío del alma luz proviene y en los hornos del calor eterno se ha forjado. Por eso todos los seres están sujetos á una ley de amor, que ora ley de afinidad se llama en la química moderna, ora ley de gravedad en la mecánica celeste. El oxígeno que despide una flor lejana, el iodo que á los aires comunica una vibrante ola, el humo que despide un despreciable tizón, ya se mete por vuestras venas misteriosamente, ya urde con fibras los tejidos de las grandes hojas columpiadas al aire. Como el tém-

pano que rueda en alud por los ventisqueros alpes-
tres y el sol que ilumina en otros cielos desconoci-
dos á otros mundos invisibles obedecen á la misma
fuerza, y el pábilo de mi bujía tiene con la vía Lá-
ctea una idéntica sustancia, todos los seres se trans-
forman. Las cunas llevan en su seno los sepulcros,
y los sepulcros llevan en su seno las renovaciones,
pues nada germina, si antes no se descompone y
hasta se pudre. Como trituráis el grano para produ-
cir el pan que os nutre, tritura todos los días la
muerte individuos y generaciones de individuos
para producir la humanidad inmortal.

El árbol recoge por sus raíces ocultas en la oscu-
ridad las sales terrestres, y por los tubos, y por los
filamentos de sus cortezas y de sus ramas trueca
los estiércoles depositados á sus piés en tenues nu-
bes de aromas, las cuales se parecen á sacras nubes
de incienso. Pues nuestro cuerpo, como el árbol,
convierte las sensaciones en ideas. La columna gi-
gantesca de viento huracanado que lleva diluídos
átomos de polvo en sus espirales, y la fruta que se
desprende, ya en su madurez, del árbol, y los mine-
rales que salen de los abismos terrestres, préstannos
las cales necesarias á nuestros huesos, los hierros
necesarios á nuestras venas, los jugos necesarios así
á nuestro corazón como á nuestro estómago. Rayos
de luz, rosáceos resplandores de boreal aurora, llu-

vias de átomos, danzas de astros, cohesiones de me-
tales, alquimias de plantas, relámpago que corres,
centella fulminante que caes, enjambres de aereoli-
tos, fuegos fatuos del cementerio y de la noche,
vosotros ardéis todos en la combustión de la vida
universal y por vuestros efluvios agitáis todos el
arpa de mis nervios. Indudablemente la tragedia de
Dafne todos los días se reproduce y se repite por
todas las humanidades que puedan existir esparci-
das por todos los planetas que puedan existir dise-
minados en todos los espacios. Así como la ninfa,
criada para la vida y para el amor, desoye todos los
halagos, abdica de todos los placeres y renuncia
con gusto á la mayor felicidad asequible aquí en la
tierra para trocarse gozosa en el florido laurel que
ha de simbolizar las ajenas glorias y ha de ceñir
coronas para los poetas y para los héroes sin gustar
por sí el renombre y el honor que comunica, en la
creación diaria de esta sociedad nuestra, tan com-
plicada, repítese la misma tragedia, y este gran
espíritu se transforma en arpa de poeta, y aquél
en cruz de redentor, y el otro en invención de
navegante, y el de más allá en leyes y en insti-
tuciones benéficas ó en revelación científica, renun-
ciando al amor, al placer, á la riqueza, y aun á la
vida, para servir en los martirios de la producción
tan costosa y en los horrores del combate consi-

guiente á todos los esfuerzos, por medios de holocaustos increíbles é inenarrables, al género humano y á sus necesarios progresos dentro de la transformación universal.



HELENA

Ἑλενη δ' εἰμι σθησ' ὄνχερος ἄλλεσθεων
Eurípides.—*Andrómaca*, v. 680.

Este nombre forma parte del común lenguaje, y entra, por mil maneras varias, en las frases más vulgares y corrientes, como un refrán tradicional é histórico traspasado por mil generaciones de boca en boca y de región en región. El siglo pasado puso en moda una convencional retórica, todavía usada por nuestros padres, y en la cual necesitábase conocer á fondo, para emplearlos á derechas, todos los cuentos comprendidos bajo el nombre de la Helena homérica. El hilo de Ariadna para salir de cualquier dificultad, el intrincado laberinto de Creta para indicar cualquier embrollo, el repetido lecho de Procusto á que debían ajustarse todas las estaturas, aquella manzana de Paris representando los dones funestos, las tres tentadoras gracias, el rapto de la hermosa Helena, la fide-